

## Revisión historiográfica del nacionalismo y la autodeterminación. El caso específico de España / Historiographical review of nationalism and self-determination. The specific case of Spain

Santiago López Rodríguez

Universidad de Extremadura. sanlopezr@unex.es

---

### Resumen

El presente estudio tiene dos objetivos. Por una parte, analiza el concepto de nacionalismo y de autodeterminación a través de una serie de obras clave que nos sirven para comprender la evolución de los términos mencionados para, posteriormente, analizar el caso español, magnífico exponente de los movimientos nacionalistas desde el siglo XIX.

**Palabras Clave:** Nacionalismo, autodeterminación, nacionalismo español, nacionalismos subestatales, debate historiográfico.

### Abstract

The objective of this paper is twofold. On the one hand, it aims to define two frequently, but wrongly, used concepts, namely, nationalism and self-determination based on some key works in order to have a deeper understanding of the evolution of these terms. On the other hand, the study focuses on the Spanish case, which has been a magnificent example of the nationalist movements since the XIX century.

**Key words:** Nationalism, self-determination, Spanish nationalism, sub-state nationalism, historiographical debate.

---

### 1. Introducción

Irremediablemente, cuando se habla de España, un tema que suscita enconadas controversias en nuestra vida diaria es el del nacionalismo. Pese a que conocemos los hechos históricos que han dado origen a la división del mundo en Estados, Estados-nación o naciones sin Estado, lo cierto es que la explicación sobre los conceptos que aparecen frecuentemente en los medios de

comunicación como nacionalismo, nacionalidades, autodeterminación...continúa siendo motivo de prolongadas disputas que desbordan al ámbito académico, agravadas además por su confusa o, incluso equívoca, utilización.

Es verdad que los términos mencionados han resultado historiográficamente difíciles de definir y ya no digamos de analizar. No obstante, ha habido infinidad de intentos, más

o menos acertados, que plantean diferentes causas del nacimiento del nacionalismo así como diferentes interpretaciones. El sinfín de obras publicadas sobre el tema en cuestión conlleva una dificultad enorme a la hora de utilizar una sola definición pues, desde los escritos del siglo XIX a los del siglo XXI encontramos grandísimas diferencias pero también importantes similitudes, lo que nos habla a las claras del nacionalismo como un organismo vivo que nace, muta, evoluciona e incluso se disfraza de otros conceptos, como el de patriotismo, para sobrevivir. Por esta razón es necesario definir conceptos que nos son ya familiares y frecuentes, pero de los que paradójicamente desconocemos las raíces<sup>1</sup>.

Además, en este trabajo estudiamos el caso de España, país que participó de igual forma en los movimientos nacionalistas del siglo XIX y que nos sirve de muestra de estudio para vislumbrar qué razones o causas provocaron la aparición de dichos nacionalismos en nuestro territorio y las explicaciones historiográficas que se han dado.

No obstante, consciente de la dificultad que entraña hacer una selección entre tan inconmensurable número de obras, he seleccionado aquellas que, bien por su relevancia o por su profundo análisis, considero indispensables para tener así un

sentido de conjunto respecto al nacionalismo y la autodeterminación.

Por último, se tiene en cuenta la complicación que entraña analizar de forma objetiva conceptos y movimientos que aún son cambiantes, por lo que he procurado combinar receptividad, cautela y perspicacia junto con grandes dosis de sentido común con el fin de considerar los sucesos históricos no como unicausales, sino como poliédricos.

Por lo demás, resulta evidente que está en la naturaleza de la historia y del ser humano que los hechos queden sujetos a reinterpretación continua por lo que es inevitable enfocar la cuestión tratada en este trabajo desde las teorías o puntos de vista más afines, en este caso concreto, desde la teoría modernista.

Esta es la metodología seguida, sabedor de que se trata de un asunto complejo y capaz de levantar ampollas en algunas sensibilidades, pero que no por ello debemos rehuir los puntos controvertidos o tratarlos de manera superficial.

## **2. Nacionalismo: la definición de nación y sus características**

Por ser el nacionalismo, posiblemente, uno de los términos más imprecisos de la ciencia política, ha habido intentos más o menos afortunados de dar respuesta a la transformación constante del concepto designado: bien sea en contenido, método,

<sup>1</sup> Para la definición del término “nación” véase Junco, J.A. (2016). *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 39-52.

escala, refinamiento de sus análisis o simple proliferación, encontramos una serie de obras cumbre que por su alcance y poder teórico son de obligada mención (Hobsbawm, 2000; Renan, 2004; Gellner, 2001; Nairn, 1977; Anderson, 1993; Hobsbawm & Ranger, 1983; Ortega y Gasset, 1985). Estudios todos que han servido como punto de partida o apoyo de otros escritos históricos, literarios, sociológicos u antropológicos que unen diferentes campos de investigación con el nacionalismo o la nación.

Antes de exponer las diferentes visiones de renombrados estudiosos del nacionalismo creo conveniente presentar la tesis planteada a finales del siglo XX por Anthony D. Smith que de forma más que acertada identifica cinco escuelas fundamentales en el estudio del nacionalismo y que, en buena medida, siguen existiendo en la actualidad (Smith, 2000):

1. Los primordialistas: aquellos que consideran parentesco, lengua, religión y fronteras naturales como los atributos básicos de la nación e identidad nacionales a los que suponen inmemoriales, intemporales e inmateriales; es decir, son previos a la propia noción que se tiene de ellos.

2. Los perennialistas: aceptan el carácter moderno del nacionalismo pero no lo entienden como una invención sino como el resultado de expresiones premodernas de identidades étnicas subyacentes.

3. Los etnosimbolistas: parecidos a los perennialistas, también aceptan la tesis modernista de que la nación y el nacionalismo son fenómenos modernos pero subrayan que provienen de estructuras premodernas como las identidades culturales, símbolos utilizados, historia común o lealtades tribales y que, por tanto, no fueron construidas simplemente por las élites políticas.

4. Los modernistas: en contraposición a los tres anteriores grupos sostienen que las naciones son constructos políticos modernos que obedecen al deseo de unas élites y que se insertan en el proceso de modernización (en contraposición a la religión y la dinastía). Gran parte de los pensadores de los siglos XX y XXI mantienen esta postura, mientras que las tres escuelas anteriores son más propias del siglo XIX o de los defensores del nacionalismo.

5. Los postmodernistas: es la evolución de la tesis modernista, pues integra en su explicación el fenómeno de la globalización y de las construcciones supranacionales que, en su opinión, han fragmentado las identidades nacionales clásicas y originado otras nuevas.

A grandes rasgos estas son las diferentes escuelas de pensamiento que interpretan la aparición de la nación basándose en una serie de elementos diferenciados; dentro de este amplio elenco considero que es la teoría modernista la que de mejor forma ha explicado



la aparición de las naciones, escuela que ha sido completada en los últimos años con la introducción de los fenómenos globalizadores y supranacionales de la escuela postmodernista.

Así, de entre todas las aproximaciones que pudieran rastrearse al apasionante tema de lo que es una nación, quizás una de las más interesantes y que más eco ha tenido es la conferencia en la Sorbona de París con el título *Qu'est-ce qu'une nation?* (¿Qué es una nación?) que presentó Ernest Renan en la década de los años 80 del siglo XIX como réplica frente a la anexión de Alsacia y Lorena por parte de Alemania como resultado de la guerra franco-prusiana. Es el resultado de este conflicto lo que provoca un vuelco ideológico en la ya compleja figura de Renan; no en vano y pese a vivir en la Francia republicana, había sido firme partidario de la monarquía como forma de gobierno:

*El rey de Francia, quien es, si me es permitido decirlo, el tipo ideal de un cristizador secular; el rey de Francia, quien ha hecho la más perfecta unidad nacional que ha habido; el rey de Francia, visto desde demasiado cerca, ha perdido su prestigio; la nación que él había formado lo ha maldecido y, hoy día, no son sino los espíritus cultivados quienes saben lo que él valía y lo que ha hecho* (2004, p. 3).

Pero la caída de la monarquía francesa le hizo entender que no es la dinastía lo que genera una nación, tampoco la cultura ni la religión, ni los intereses generales ni la geografía o las fronteras naturales; es la voluntad de los pueblos la que constituye una nación:

*Una nación es, pues, una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios que se ha hecho y de aquellos que todavía se está dispuesto a hacer. Supone un pasado; sin embargo, se resume en el presente por un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida común. La existencia de una nación es (perdonadme esta metáfora) un plebiscito cotidiano, como la existencia del individuo es una afirmación perpetua de vida. ¡Oh! lo sé, esto es menos metafísico que el derecho divino, menos brutal que el pretendido derecho histórico. En el orden de ideas que os expongo, una nación no tiene, como tampoco un rey, el derecho de decir a una provincia: “Me perteneces, te tomo”. Para nosotros, una provincia es sus habitantes; si en este asunto alguien tiene el derecho de ser consultado, este es el habitante. Una nación no tiene jamás un verdadero interés en anexarse o en retener a un país contra su voluntad. El voto de las naciones es, en definitiva, el único criterio legítimo, aquel al cual siempre es necesario volver* (2004, p. 11).

De esta manera Renan rechaza la concepción de nación alemana basada en la etnia o raza y cree que es insostenible, además de un error, colocar los componentes culturales encomiados por el nacionalismo cultural en el primer plano de la fundamentación de la nación:

*La nación moderna, es, pues, un resultado histórico producido por una serie de hechos que convergen en el mismo sentido. Unas veces la unidad ha sido realizada por una dinastía, como es el caso de Francia; otras veces lo ha sido por la voluntad directa de las provincias, como es el caso de Holanda, Suiza, Bélgica; otras, por un espíritu general tardíamente vencedor de los caprichos del feudalismo, como es el caso de Italia y de Alemania. Una profunda razón de ser ha presidido siempre esas formaciones. En casos parecidos, los principios se abren paso a través de las sorpresas más inesperadas. En nuestros días, hemos visto a Italia unificada por sus derrotas y a Turquía demolida por sus victorias. Cada derrota contribuía al progreso de los asuntos de Italia; cada victoria perdía a Turquía; porque Italia es una nación, y Turquía, fuera del Asia Menor, no lo es. Es de Francia la gloria de haber proclamado, a través de su Revolución, que una nación existe por sí misma. No debe parecernos mal que se nos*

*imite. Nuestro es el principio de las naciones* (2004, p. 4).

*[...] Resumen, señores: el hombre no es esclavo ni de su raza, ni de su lengua, ni de su religión, ni de los cursos de los ríos, ni de la dirección de las cadenas de montañas. Una gran agregación de hombres, sana de espíritu y cálida de corazón, crea una conciencia moral que se llama una nación* (2004, p. 12).

Con todo esto Renan entendía que la mayoría de los Estados europeos eran pluriculturales y, por tanto, uno a uno va desmontando los razonamientos clásicos que defendían el origen de los nacionalismos. Sobre la raza se muestra enormemente contrario a la visión alemana, pues cree y postula, de forma casi profética, los problemas que surgirán de esta concepción de la nación:

*El hecho de la raza, capital en el origen, va, pues, progresivamente perdiendo su importancia. La historia humana difiere esencialmente de la zoología. La raza no lo es todo, como entre los roedores o los felinos, y no se tiene el derecho de ir por el mundo, tentar el cráneo de las gentes y después tomarlas por el cuello diciéndoles: “¡Tú eres de nuestra sangre; tú nos perteneces!” Fuera de los caracteres antropológicos, existen la razón, la justicia, lo verdadero, lo bello, que son idénticos para todos. Mirad que esa política*

*etnográfica no es segura. Ustedes la explotan hoy día contra los otros; después la verán volverse contra ustedes mismos* (2004, p. 7).<sup>2</sup>

Sobre la lengua asegura que es posible la conformación de la nación aun en el caso de que en su interior exista diversidad lingüística, ya que la lengua invita a reunirse pero no fuerza a ello; sobre el tema de la religión afirma que el profesar algún credo es algo que atañe exclusivamente al individuo, no a la nación; de la comunidad de intereses, Renan menciona que, aunque resulta un lazo fuerte para que los hombres permanezcan juntos, no es suficiente, al igual que pasa con la geografía, otro elemento arbitrario que no puede servir para marcar la extensión de la nación, ya que ésta es inmaterial. Los razonamientos expresados apoyados con sus ejemplos históricos pertinentes refuerzan la teoría revolucionaria de Renan. No es extraño, entonces, que su argumentación fuese *non grata* para la mayoría de Estados que tuviesen algún tipo de reivindicación nacionalista en su interior pues Renan se convirtió en el adalid de los segregacionistas o separatistas que lo utilizaron como último argumento ideológico de reivindicación y resistencia. No obstante,

<sup>2</sup> En esta misma línea tenemos una de las cartas escritas a Strauss por Renan en la que declaraba el peligro que suponía dividir de forma acusada la humanidad en razas, lo que no podría conducir a nada más que a guerras de exterminio o a “guerras zoológicas” que finalizarían con la mezcla fecunda de todos los seres humanos.

estos segregacionistas parecen obviar que Renan era una persona enormemente contradictoria en sus planteamientos ya que legitimaba el colonialismo europeo en ultramar (solo entendible si tenemos en cuenta el relativismo del autor) por considerar que: “las razas inferiores están constituidas por los negros del África, los indígenas de Australia y los indios de América... las razas superiores, como la blanca y la aria, además poseen la belleza y la cultura” (Todorov, 1991, p. 135).

Igualmente, parece que se olvida que el planteamiento del bretón va más allá de la autodeterminación de las naciones, pues en su ideología se enfrenta a cualquier preeminencia de un criterio identitario-determinista fuerte y cree que es el deseo de vivir juntos lo que debe mover a las personas. De hecho, Renan augura cómo las naciones tendrán un final en el futuro ya que no son algo eterno y que probablemente serán reemplazadas por la confederación europea.

En resumen, si analizamos la visión de Renan de forma profunda, no contenta ni a los Estados consolidados ni a las nacionalidades reivindicativas (aunque es utilizado muchas veces por éstas), pero se atreve a exponer una concepción de nación novedosa. Otros estudiosos son más pesimistas que Renan, por ejemplo el historiador británico Hugh Seton-Watson, que observaba con tristeza: “Me veo impulsado a concluir así que no puede elaborarse ninguna “definición” científica de

la nación; pero el fenómeno ha existido y existe” (1977, p. 5).

De esta forma, aunque los hechos históricos que explican el nacimiento y consolidación del nacionalismo son aparentemente claros, los teóricos siguen desconcertados ante las paradojas que se observan:

1. La antagónica percepción entre la modernidad objetiva de las naciones a la vista del historiador frente a la antigüedad subjetiva a la vista de los nacionalistas.
2. La implantación formal y universal de la nacionalidad como concepto sociocultural —en el mundo moderno, todos tienen y deben “tener” una nacionalidad, así como tienen un sexo—, frente a la particularidad irremediable de sus manifestaciones concretas.
3. El increíble poder “político” que tienen los nacionalismos frente a su pobreza y aun incoherencia filosófica, además de su trasnochada visión del mundo. En otras palabras, al revés de lo que ocurre con la mayoría de los “ismos” que cuentan con figuras destacadas o importantes intelectuales, el nacionalismo no ha producido jamás sus propios grandes pensadores: no hay por él un Hobbes ni un Rosseau, ni un Tocqueville, ni un Marx o un Adam Smith. Esta “vaciedad” produce fácilmente cierta condescendencia entre los intelectuales cosmopolitas y multilingües.

Estas razones han llevado a algunos especialistas en el nacionalismo, como al escocés Tom Nairn, a definir:

*El “nacionalismo” es la patología de la historia moderna del desarrollo, tan inevitable como la “neurosis” en el individuo, con la misma ambigüedad esencial que ésta, una capacidad semejante intrínseca para llevar a la demencia, arraigada en los dilemas de la impotencia que afectan a la mayor parte del mundo (el equivalente del infantilismo para las sociedades), y en gran medida incurable (1977, p. 359).*

Benedict Anderson de igual forma propone su propia definición de nación:

*[...] una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión (1993, p. 23).*

Gellner<sup>3</sup>, por su parte, hace una observación semejante pero más dura cuando sostiene que el “[...] nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia: inventa naciones donde no existen” (1993, p. 24). Pero la

<sup>3</sup> Cfr. Gellner, E. (2001). *Nación y nacionalismos*. Madrid: Alianza Editorial.

invención no tiene por qué ser fabricación o falsedad y las naciones no deben distinguirse por esta razón sino por la forma o estilo en que son imaginadas y contra qué se originaron<sup>4</sup>. Pero todas las naciones tienen una característica común y es que todas, incluso la mayor de ellas, tienen fronteras finitas (aunque a veces no reales sino deseadas) ya que más allá se enfrentan a otras naciones. Ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad pues entonces no existiría un “otro” que le sirva para definirse.

En definitiva, y siguiendo la teoría modernista, el nacionalismo nace en respuesta a la pérdida de legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado, puesto en cuestión con la Revolución y la Ilustración. La nación es por tanto soberana y una comunidad fraternal, independientemente de la desigualdad de sus miembros componentes, este compañerismo o sacrificio por una entidad mayor es la que ha permitido que millones de personas mueran por construcciones mentales o imaginaciones tan limitadas (Anderson, 1993, p. 25)<sup>5</sup>.

La religión intenta dar respuesta a la carga aplastante del sufrimiento humano; frente a la finitud y contingencia de nuestras vidas ofrece

la posibilidad de la inmortalidad. De igual manera, el nacionalismo triunfa frente al resto de concepciones pues ofrece otro estilo de continuidad una vez que se ha iniciado el crepúsculo de los pensamientos religiosos en la Europa occidental. Tras el ocaso del paraíso y ante la fatalidad arbitraria hace falta otra creencia; en este caso un credo secular pero de igual forma irracional con tradiciones, mitos y símbolos (Hayes, 1960). Las naciones presumen de un pasado inmemorial, y miran un futuro ilimitado, lo que es aún más importante: “[...] La magia del nacionalismo es la conversión del azar en destino” (Anderson, 1993, p. 29).

Si entendemos que el nacionalismo surge para ocupar el vacío creado ante la desaparición de los dos sistemas culturales previos: la comunidad religiosa y el reino dinástico, hará falta, igualmente, que la población acepte una serie de nuevos valores y pensamientos. Por esta razón los Estados desarrollan toda una serie de políticas de construcción de la nación que inician con un entusiasmo popular nacionalista y una inyección sistemática, incluso maquiavélica, de ideología nacionalista a través de diversas herramientas, como pueden ser, el sistema educativo, el ejército, los conflictos bélicos con países

<sup>4</sup> El nacionalismo debe ser entendido en un “nosotros” en contraposición a unos “otros”; las personas que no están dentro de la nación imaginada por no compartir una serie de rasgos variables (lengua, cultura, historia, geografía, etcétera).

<sup>5</sup> Véase la entrevista realizada a Margaret MacMillan, historiadora de la Universidad de Oxford (Gómez, 2013).



vecinos, los medios de información de masas, las regulaciones administrativas, etc<sup>6</sup>.

De esta forma ya sabemos las razones históricas y culturales que propician la aparición del nacionalismo y podemos, por tanto, plantear un concepto operativo y ampliamente aceptado de nación: una comunidad imaginada, inherentemente soberana, compuesta por un colectivo de individuos que se sienten identificados entre sí en función de factores muy variables (lengua, historia, territorialidad, características étnico-culturales más o menos demostrables y un largo etcétera); definida territorialmente y que goza de derechos políticos colectivos y que existe de forma objetiva en la medida en que el colectivo cree que existe (Balfour & Quiroga, 2007, pp. 31-32; Núñez Seixas, 1998, pp. 10-11).

Salta a la vista que esta concepción se refiere a los nacionalismos con Estado, es decir, Estados-nación pero, respecto a las naciones

<sup>6</sup> En la “invención de la tradición” es el Estado el principal transmisor y creador de conciencia aunque también debemos considerar el papel destacado de las instituciones privadas, las élites políticas o algunos intelectuales que colaboran en este proceso. Por otra parte, Benedict Anderson destaca el papel de tres instituciones del siglo XIX en la aparición de los movimientos nacionalistas de países colonizados: el censo, el mapa y el museo que, en su conjunto, moldearon el modo en que el Estado colonial imaginó sus dominios: la naturaleza de los seres humanos que gobernaba, la geografía de sus dominios y la legitimidad de su linaje. Sobre los mecanismos de difusión de la memoria nacional y colectiva cabe destacar el artículo de Erice Sebares, F. (2014). Las memorias nacionales: conflictos y límites. *Historiografías*, 8 (julio-diciembre), 10-27.

sin Estado habría que matizar este concepto. Sería más apropiado definir a estos últimos como: una comunidad dentro de un territorio definido en la que una gran parte de los ciudadanos reclama el derecho a gobernarse a sí mismos al no tener un reconocimiento institucional en forma de un Estado propio y que se sitúan en oposición a un Estado preexistente del que forman parte.

Pero, ¿por qué surgen movimientos nacionalistas en un territorio y no en otro? Si nos basamos en la tesis modernista, el nacionalismo como ideología política y movimiento social precede y construye la nación (por lo que no existe con anterioridad a la Edad Contemporánea); por ello es fundamental conocer el contexto en el que nace: el proceso de modernización europea a finales del siglo XVIII; de tal manera que conceptos como naciones, nacionalismos e identidad nacional emergen en los albores de la industrialización, la movilidad social, el romanticismo, la urbanización, la alfabetización extendida a un mayor número de personas y en un contexto revolucionario donde la guerra y la creación de la figura del “otro”, enemigo contra el que se construye la idea de la nación, son factores cruciales de la movilización nacionalista (Hobsbawm, 2000).

Pero no debemos dejar de lado los múltiples intereses de los actores sociales que participan en esta construcción ideológica que, sin lugar a dudas, les permite conseguir una legitimación

del poder político ejercido sobre un territorio. Es aquí cuando el nacionalismo busca su legitimidad en la historia y crea un discurso “nacional” que, al igual que la religión, no se fundamenta necesariamente en la objetividad o la veracidad sino en la utilidad, es decir, que las personas consideren que es una verdad incuestionable; un pensamiento que se resume perfectamente con la frase atribuida a Joseph Goebbels: “una mentira repetida cien veces se convierte en una verdad”.

El triunfo de este discurso nacional estará condicionado por una gran amplitud de factores ya mencionados, como pueden ser la etnicidad (el idioma, costumbres, ritos, características o conjuntos de fenotipos caracterológicos compartidos), la religión, la geografía, experiencias históricas forjadoras de identidad transmitida generacionalmente, etc., que puedan actuar como generadores de una identidad colectiva previa transmitida desde la E. Media y Moderna y, a su vez, ser precondiciones favorables para el desarrollo de una nacionalismo en la E. Contemporánea; sin que esto implique que sean necesarias obligatoriamente para el desarrollo del nacionalismo.

Siguiendo el modelo utilizado por Xosé M. Núñez Seixas podemos establecer que existe un movimiento nacionalista cuando se dan las siguientes condiciones:

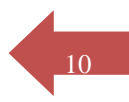
1. La presencia de una ideología nacionalista: que conciba a un colectivo humano como “oprimido” por una sociedad determinada que considera ajena. Esto no conlleva necesariamente el planteamiento de la autodeterminación como objetivo próximo, ni la independencia como objetivo lejano.

2. La prosecución de ese objetivo mediante métodos de agitación y propaganda sociopolítica: es decir, a través de la acción colectiva, sea pública o privada, difundir la conciencia nacional con el deseo de conseguir los objetivos políticos y culturales inmediatos inherentes al reconocimiento de esa nación.

3. La concepción presente o ideal del movimiento nacionalista como movimiento social con aspiración de globalidad, que en última instancia pretende configurar una comunidad que no se ceñirá exclusivamente a la dimensión política.

Ante el amplísimo número de modelos teóricos existentes que buscan explicar el origen del nacionalismo, tantos casi como autores han escrito sobre él, creo conveniente resumirlos y sintetizarlos en grupos más amplios que, sin pretensión alguna de exhaustividad, serán suficientes para hacernos una idea general de las diferentes explicaciones al respecto:

1. La teoría del “despertar nacional”. Utilizada frecuentemente por la historiografía nacionalista e incluso primordialista está



basada en una supuesta situación previa de opresión por parte de un Estado, nacionalidad o grupo étnico dominante que impide el desarrollo de una nación en su seno. Ésta se liberaría progresivamente de sus ataduras y entraría en un proceso de afirmación cuya materialización inmediata es el movimiento nacionalista. Si la opresión o marginación fuese de índole económica hablaríamos de la teoría del “colonialismo interno” (en el que una nación o grupo étnico ocupa un nicho laboral o social subordinado respecto a otros colectivos) o que sus expectativas sociales no se han satisfecho en la medida que se preveía respecto a otros grupos humanos colindantes.

2. Las teorías de índole más instrumentalista, que sitúan el origen de la reivindicación nacionalista en los intereses de un grupo social determinado, generalmente una élite social y política, que desea apelar al conjunto de la nación para mejor defender sus reivindicaciones. En este grupo encontraríamos los modelos del marxismo clásico que consideran que es la burguesía quien está en el origen de todos los movimientos nacionalistas con el deseo de asentar su poder; por otro lado, las teorías que comprenden que son grupos y élites sociales quienes en coyunturas específicas promueven el nacionalismo como forma de defender sus intereses.

Ante estos dos modelos teóricos de alcance general, la realidad histórica nos muestra la

dificultad de aplicar de modo exclusivo cualquiera de ellos, pues se trata, más bien, de un conjunto de factores que actúan interactivamente; así podríamos decir que existen una serie de factores condicionantes que propician el nacimiento y desarrollo del nacionalismo, aunque ninguna de éstos son una condición sine qua non para que se origine:

1. La existencia de unas precondiciones de identidad colectiva diferencial desde la Edad Media o Moderna, basadas en rasgos comunes ya citados que son utilizados de forma consciente por élites o intelectuales de forma selectiva y discriminatoria.

2. Un contexto de cambio y disolución de un viejo orden social y político, particularmente cuando existe un conflicto de dimensión territorial, contribuye favorablemente al surgimiento del nacionalismo. Esta es, posiblemente, una de las condiciones necesarias —aunque no suficientes— para su desarrollo, que las posiciones de algunos grupos sociales se vean amenazadas. Es decir, un núcleo de intereses comunes percibidos como intereses colectivos. A su vez, la evolución de estos movimientos nacionalistas será influenciada por factores sociales, económicos y político-ideológicos.

3. La posición y competencia con otros movimientos políticos y sociales, incluidos proyectos nacionalistas de distinto signo, sean

estos movimientos nacionalistas sin Estado o del propio Estado-nación, que busca homogeneizar etnoculturalmente al conjunto de ciudadanos que viven en sus fronteras, como por ejemplo España en el Franquismo<sup>7</sup>.

4. La naturaleza de la estructura de oportunidad política, es decir, las características del sistema político estatal y del sistema internacional en el que los movimientos nacionalistas desarrollan su actividad. De nuevo, este elemento es complejo de analizar pues si el sistema es represivo tiene la posibilidad de eliminar el nacionalismo subestatal, pero también puede producir su incubación y radicalización si no lo consigue.

5. La naturaleza, dinámica y objetivos de la propia movilización política que genere el movimiento nacionalista, y asimismo sus reacciones ante los factores sociales, económicos y políticos de su entorno.

Con todo este análisis he pretendido dar unas pequeñas pinceladas que resuman el complejísimo marco interpretativo del nacionalismo. Aún nos queda otro concepto enormemente complejo de analizar antes de dar paso al estudio específico de España.

<sup>7</sup> La eficiencia del Estado-nación en su política interior y exterior será un gran condicionante en la aparición de nacionalismos minoritarios alternativos. Factores como la educación, el éxito o no en conflictos exteriores, el grado de distribución de riquezas, la capacidad para responder las demandas territoriales...

### 3. El concepto de autodeterminación

Al igual que ocurre con el nacionalismo, el concepto de autodeterminación es probablemente uno de los más usados y, aun así, menos definidos de forma precisa. La razón por la que se produce esta confusión es por el carácter polifacético del término, capaz de ser utilizado por los nacionalismos subestatales, por países colonizados o por demócratas de todo tipo. Al ser un concepto utilizado en contextos muy diferentes ha tenido no solo una gran evolución histórica sino que su aplicación depende mucho de la coyuntura en que ha sido utilizado y, por ende, puede ser estudiado de diversas maneras.

Podemos rastrear su origen como reivindicación política en el año 1919, primer gran precedente y punto de inflexión en la historia contemporánea de Europa. Es en este momento en el que las cuestiones nacionales y territoriales cobraron una actualidad de primer orden en la escena política internacional una vez terminada la Primera Guerra Mundial. Fue entonces cuando se estableció la importancia de respetar el “derecho a decidir” sobre su futuro a las personas que integraban una nación, con lo que se convirtió en un elemento a tener en cuenta en la delimitación de fronteras europeas y, posteriormente, en el resto del globo con la Descolonización de mediados del siglo XX y la Caída de la URSS. En resumen, el derecho de autodeterminación se basa que a cada pueblo o nación le

corresponde un Estado, principio que en apariencia sencillo pero que contradice otro principio internacional: el respeto a las fronteras o la integridad de los estados existentes. Para solventar esta contradicción legal en 1993 la Declaración de Viena especificó que el derecho de autodeterminación solamente debe ser aplicado a aquellas naciones que se encontrasen en situación colonial o bajo invasión militar (Junco, 2016, p. 49).

Podemos observar al menos tres usos diferentes del concepto de autodeterminación:

1. Como “consentimiento de los gobernados”, es decir, como libertad de un colectivo para escoger su forma de gobierno (idea procedente del liberalismo retomada por el presidente norteamericano Woodrow Wilson) y la autodeterminación nacional, considerada como una completa libertad para decidir sobre su destino por parte de una nación determinada, lo que implicaba a su vez la posibilidad de secesión o autonomía para una población definida.

2. Un arma política estratégica entre dos opciones que proponían modelos sociales totalmente opuestos: comunismo contra democracia liberal capitalista, la conocida contraposición entre Wilson y Lenin. Conflicto posteriormente agravado en la conocida como Guerra Fría.

3. La percepción del problema de las nacionalidades como una de las causas primordiales del estallido del conflicto bélico da lugar al uso de la autodeterminación como arma de propaganda contra los Imperios multinacionales (como el Imperio Austro-Húngaro).

La defensa del derecho de autodeterminación de los “pueblos oprimidos” fue avalada por los vencedores de la Primera Guerra Mundial; esto provocó en el corto y largo plazo un efecto inesperado: el nacimiento o reforzamiento de movimientos nacionalistas en la propia Europa occidental ante el éxito y legitimación internacional que habían tenido movimientos similares en otros países.

No debemos caer en el error de presentar a Wilson como el introductor casi exclusivo del principio de autodeterminación y hasta del principio de las nacionalidades en la vida internacional pues, además de que estas teorizaciones son previas a él, el uso de ellas por el presidente responde sobre todo a imperativos geoestratégicos de la Primera Guerra Mundial, en concreto, de la necesidad de debilitar al Imperio austrohúngaro y, al tiempo, de la urgencia por contrarrestar las propuestas que en el mismo sentido emanaban de la Rusia revolucionaria. Pero su concepción dista de ser clara y, de hecho, podemos apreciar cómo con el derecho de autodeterminación se refiere a la vez a la liberación de una dominación extranjera, la

libertad para elegir la forma de gobierno, y el principio que hacía equivaler a “una nación, un Estado” (el principio de las nacionalidades). Por consiguiente, los movimientos nacionalistas verán en la figura de Wilson una suerte de representante o paladín de las aspiraciones de las nacionalidades sojuzgadas por los caducos Imperios multinacionales. Se crea así un contexto internacional propicio para el desarrollo de los nacionalismos subestatales (Núñez Seixas, 1998, pp. 63-87).

Una vez analizado todo este marco teórico general podemos aproximarnos a la realidad española y comprender cómo y por qué surgen los denominados “nacionalismos periféricos” o “nacionalismos subestatales” y, cómo no, también el nacionalismo español<sup>8</sup>.

## 4. Nacionalismos en España

### 4.1 Nacionalismos subestatales

Dentro de este apartado me dispongo a estudiar los precedentes del nacionalismo catalán y vasco<sup>9</sup>, puesto que cualquier

<sup>8</sup> Posiblemente uno de los mejores trabajos publicados al respecto en los últimos años, por su rigor y objetividad, sea la contribución realizada por Álvarez Junco et al. (2013). *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*. Barcelona: Crítica.

<sup>9</sup> Dejo a un lado el nacionalismo gallego, pese a formar parte también de los nacionalismos periféricos, por no considerarlo mayoritario en su lugar de origen, tal como se observa en las elecciones gallegas realizadas en democracia, así como las encuestas de opinión recogidas por el CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas).

movimiento nacionalista busca casi siempre su legitimidad en el discurso histórico; por esta razón es indispensable remover las aguas del pasado y buscar el impacto que tienen sobre el presente.

Si bien es muy difícil medir el apoyo nacionalista de la población en un territorio dado, más aún si tenemos en cuenta que puede fluctuar según las coyunturas políticas, podemos considerar que en Cataluña y País Vasco existe un movimiento nacionalista con importante fuerza y representación, tal como lo demuestran las elecciones y las encuestas sociológicas en los últimos treinta años. Éstas nos proporcionan datos más o menos fiables para conseguir una visión aproximada de la opinión y grado de aceptación o adhesión de la sociedad al discurso nacionalista.

#### 4.1.1. El nacionalismo catalán

Para analizar el caso catalán y vasco considero la teoría modernista la más adecuada para estudiar su origen. Así, el nacionalismo catalán tiende a interpretarse como una afirmación de modernidad ante lo que se consideraba el fracaso del Estado español a la hora de impulsar medidas proclives al desarrollo político, cultural y económico de España. No obstante, resulta muy difícil demostrar que en el siglo XVIII existiese en Cataluña algo comparable al sentido de identificación colectiva que estamos acostumbrados a

observar y estudiar en los siglos XIX y XX. Ciertamente, es muy problemático definir este sentido de pertenencia a una comunidad humana ya que caeríamos en un simplismo enorme y erróneo si concebimos que esta identificación ha sido abrazada por todo el mundo de forma homogénea pues, incluso entre los que la han hecho, pueden existir diferentes niveles de aceptación (Fradera, 2003).

Si nos situamos en el segundo cuarto del siglo XIX en Cataluña observaremos que nos encontramos en un contexto histórico de enorme cambio influenciado por la revolución liberal y la industrialización catalana. Fueron décadas de cambios drásticos y fortísimas tensiones internas, de confrontación entre partidos, clases y grupos culturales cambiantes que dieron lugar a encarnizadas batallas políticas y conflictos sociales de todo tipo en un *hinterland* urbano sometido a intensa industrialización y en el que las altas clases catalanas se sentían disconformes con el Estado central por la nula cota de poder que conseguían en el implementado turno de la Restauración.

De esta manera, muchos integrantes de las élites comprendieron que la mejor forma de defender sus intereses era convertirse en un grupo de presión dentro del Estado, en un movimiento político que dio lugar a la creación de la Lliga Regionalista en 1901 integrada por un variopinto grupo de partidos

políticos que buscaba una mayor autonomía de la región.

Y es que el catalanismo debe ser entendido también como reacción ante el fracaso del Estado español, incapaz de mantener sus colonias en el siglo XIX y aún no acostumbrado a lidiar con la conflictividad laboral provocada por la incipiente industrialización. Sin duda, el golpe de gracia fue el “Desastre” de 1898, que provocó la aparición de tensiones identitarias antes enterradas. Así, ante el debilitamiento ya más que evidente del Estado español, los más influyentes intelectuales del momento miran con intenso miedo y desilusión generalizada la promesa liberadora del ideario liberal tras un entusiasmo revolucionario inicial. Ante este temor y pesimismo extendido por toda España, se refugian en la visión romántica de la Cataluña medieval que contrastan con su entorno materialista y conflictivo. Así se resguardan bajo el paraguas de una visión ideal de Cataluña de la que pretenden extraer valores y consignas válidos para enfrentarse con el tumultuoso presente, enmascarando el conflicto interno con el “otro”, en este caso una batalla por la identidad frente a “Madrid” o, de forma más general, frente a Castilla<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Podemos encontrar un amplísimo número de libros que inciden en las diferencias entre las sociedades relativamente evolucionadas de Cataluña y País Vasco en contraste con el resto de España. Donézar Díez de Ulzurrun, J.M. et al. (2008). *Historia de España: Contemporánea Siglos XIX y XX*, vol. 5. Madrid: Sílex,

La burguesía industrial, reafirmada y segura por aquella gloriosa y fraternal Cataluña medieval, propicia el nacimiento de una identidad catalana que encuentra en el movimiento cultural de la *Renaixença* su mejor aliado. El patrocinio de las élites a esta cultura que retomaba el catalán y la exaltación patriótica sirvió para extender el ideario catalán en el resto de la sociedad. Ahora bien, lejos de promover la secesión, el catalanismo propugnaba la autonomía política pero, al mismo tiempo, pedía que España protegiese con aranceles su industria de la competencia extranjera.

#### 4.1.2. El nacionalismo vasco

Si el nacionalismo catalán se interpreta como afirmación de modernidad, el vasco lo hace más bien como respuesta defensiva de algunos sectores de la pequeña burguesía que se vieron perjudicados ante la rápida industrialización que afectó a la industria siderúrgica y naviera fundamentalmente. El desarrollo de estas industrias atrajo consigo inexorablemente población de otras partes de España más deprimidas que veían la oportunidad de trabajar; esta población era vista con malos ojos por parte de algunos sectores conservadores vascos que la consideraba un

obstáculo para la cohesión social pues algunos traían consigo el socialismo y las reivindicaciones obreras frente a las concepciones católicas e, incluso, eran una amenaza ante la supuesta pureza racial del pueblo vasco (defendida por Sabino Arana, creador del PNV).

Se juntan en el País Vasco las conocidas y notorias precondiciones culturales (la foralidad y el euskera) con otros factores circunstanciales ya mencionados que son el rechazo o resistencia de ciertos sectores conservadores autóctonos al liberalismo y capitalismo, el peso de la tradición carlista y la frustración originada por la abolición foral y la unificación legislativa promovida por el Estado en 1876. Aunque minoritario y fundamentalista en sus inicios, el nacionalismo vasco se irá convirtiendo en un movimiento de masas cuyo mejor representante será el PNV. A diferencia del nacionalismo catalán, el nacionalismo vasco aspiró a la independencia desde el principio, pues el movimiento nacionalista vasco creó una identidad nacional no alternativa a la española sino antagónica.

En conclusión, el nacionalismo vasco y catalán surgen como lógica respuesta a tres factores concomitantes: el papel escasamente efectivo del Estado español a lo largo de las décadas precedentes en su deseo de implementar un nacionalismo uniforme; la desproporción regional en términos de desarrollo económico y dinamismo social y cultural de estas regiones

pp. 127-136. Álvarez Junco, J. y Fuente Monge, G. de la (2013). Cataluña. Medievalismo en el islote industrial. En *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, vol. 12. Barcelona: Crítica, pp. 302-313.



respecto al resto de España y, por último, la existencia de precondiciones culturales e históricas que propiciaron el desarrollo del nacionalismo<sup>11</sup>.

Pese a sus frágiles comienzos, los movimientos nacionalistas en estos territorios consiguieron echar raíces profundas al ser asimilados por las capas burguesas medias y altas que se encontraban insatisfechas con el Estado español por lo que durante las dos primeras décadas del siglo XX los nacionalismos periféricos experimentaron un crecimiento continuado y una consolidación de su peso social y político gracias a la adhesión de un mayor número de ciudadanos de todos los estratos y clases.

Aunque es comúnmente aceptado que la modernización socioeconómica de España fue un proceso relativamente lento, asimétrico y generador de considerables tensiones entre los territorios (como defienden, entre otros, Juan Pablo Fusi o Juan José Linz), en los últimos años ha aparecido una escuela “revisionista” que quita peso al considerado muchas veces como principal causante de los movimientos nacionalistas periféricos: “la débil nacionalización española”. Críticos de esta

tesis argumentan que, aunque existen factores objetivos que sostienen perfectamente el paradigma del “fracaso de la revolución burguesa” (escasez endémica de recursos por parte del Estado, debilidad de las instituciones estatales, falta de un enemigo extranjero...), sí podemos apreciar al menos un éxito parcial en el proceso de nacionalización español.

Historiadores como David Ringrose o Isabel Burdiel reconocen la debilidad de las instituciones estatales como difusoras de la conciencia nacionalista española, pero consideran que hubo otra serie de mecanismos más “informales” de socialización como la prensa o, incluso la guerra (Ringrose, 1996; Burdiel, 1998). Y es que no podemos desdeñar la influencia del conflicto bélico en la creación de identidades nacionales diferenciadas. El conflicto bélico crea unas fronteras sociopsicológicas que refuerzan la enemistad o la diferencia con “el otro” y, a su vez, refuerza lazos comunitarios que diluyen el disenso y aumentan la cohesión social (Núñez Seixas, 2007, pp. 75-111).

Incluso en el caso español, donde no encontramos muchos conflictos bélicos contra enemigos exteriores en el siglo XIX, las guerras contra Cuba o los Estados Unidos de América demostraron que muchos miembros de las clases bajas y medias estaban imbuidos de un fuerte sentido de nacionalidad española (incluso los más contrarios al nacionalismo

<sup>11</sup> Cfr. Álvarez Junco, J. y Fuente Monge, G. de la (2013). Los vascos. Carlismo, foralismo e historia. En *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, vol. 12 Barcelona: Crítica, pp. 313-317. También Rubio Caballero, J.A. (2015). *Decir nación: Idearios y retóricas de los nacionalismos vasco y catalán (1980-2004)*. Cáceres: Universidad de Extremadura, p. 18.

español reconocían y nunca pusieron en tela de juicio la nación española).

Si nos hacemos caso de esta teoría científicamente fundamentada, España no es el “bicho raro” de la Europa occidental sino que el modelo español no es realmente tan extraordinario y, que pese a sus peculiaridades y deficiencias, es como cualquier otro de Europa<sup>12</sup>. Por consiguiente, podremos observar la aparición ya en el siglo XIX de un “doble patriotismo” perfectamente conjugado donde el amor a la región o “patria chica” que es perfectamente compatible con el amor a la “patria grande”. Un fenómeno que prosigue en la actualidad en una gran mayoría de los españoles.

#### 4.2. El nacionalismo español: *fluctuat nec mergitur*

“Es batida por las olas pero no hundida”. El lema de la ciudad de París es posiblemente la mejor analogía del nacionalismo español; pues, pese a ciertos

<sup>12</sup> Podemos observar, por ejemplo, el caso de Francia, considerado frecuentemente como paradigma del éxito del nacionalismo estatal; pero que, al igual que ocurría con España, el servicio militar fue desigual (existió la redención en metálico hasta los años ochenta del siglo XIX) y muchas provincias francesas se mostraron reacias a la implantación de la lengua oficial y prefirieron seguir utilizando los dialectos locales al menos hasta la Primera Guerra Mundial (Balfour & Quiroga, 2007, p. 57). Otros países como Portugal, Reino Unido, Italia o Bélgica han tenido que enfrentarse a movimientos regionalistas que aspiraban al autogobierno o la independencia (Rubio Caballero, 2010).

vaivenes históricos que provocaron la erosión de su legitimidad, queda claro que el nacionalismo español sigue vivo y coleando. Si buscamos sus precedentes históricos, como en todo movimiento nacionalista, encontramos una fecha histórica clave que supone el inicio de expresión del mismo. En el caso español, sin la necesidad de remontarnos al Asedio de Numancia ni al matrimonio de los Reyes Católicos<sup>13</sup>, tenemos un ejemplo mucho más claro en la Guerra de Independencia (1808-1813) que marca el punto de arranque del nacionalismo liberal español. España salió victoriosa de la batalla contra el “otro” francés; no obstante, el nacionalismo español, pese a nacer con una victoria, tuvo como característica una acusada falta de eficacia en su labor nacionalizadora a lo largo del siglo XIX, al menos por parte de los mecanismos estatales. Esto se expresó sobre todo en un sistema educativo poco eficiente que permitió la persistencia de altas tasas de analfabetismo, una Administración inspirada en un modelo centralista y jacobino, pero al mismo tiempo muy ineficaz e incapaz de vertebrar adecuadamente al conjunto del territorio, un ejército nacional basado en un servicio militar discriminatorio y clasista, una debilidad

<sup>13</sup> Numancia, Viriato, los reyes visigodos, los propios Reyes Católicos... han sido frecuentemente utilizados en la imaginería nacionalista española para buscar precedentes históricos de la nación española, no obstante, y como he mencionado anteriormente, solamente podemos hablar de nacionalismo a partir de finales del siglo XVIII.

evidente en la difusión de la simbología nacionalista propia (himno, bandera, monumentos, etc.) y un sistema político de carácter exclusivista cuya falta de compromiso democrático durante la Restauración provocó que el nacionalismo oficial promocionado por el Estado no consiguiera ganarse adeptos en algunos sectores populares y, de hecho, acabara perdiendo el apoyo de muchos de ellos.

A todo lo anterior se le unió una tardía unificación legislativa y de códigos jurídicos además de la injerencia de la fe católica en parcelas que corresponderían al Estado, como la educación; sin olvidar otros elementos como la falta de una política exterior activa e imperialista, las maltrechas arcas del Estado incapaces de modernizar de forma pareja las regiones y las asimetrías existentes entre la localización geográfica del poder político y las áreas de crecimiento económico e industrial<sup>14</sup>.

Toda esta amalgama de factores, junto con la permanencia de características culturales diferenciadas y el influjo del romanticismo decimonónico europeo, actuó como precondition para el surgimiento de movimientos intelectuales minoritarios desde mediados del siglo XIX, apoyados a la vez por movimientos anticentralistas que iban desde el

fuerismo hasta experiencias del propio Estado español como el federalismo.

Así llegaríamos al siglo XX, cuando la unidad unicultural impuesta por el régimen militar franquista erosionó profundamente la legitimidad del nacionalismo español al revertirse de tintes autoritarios y reprimir brutalmente las identidades creadas a finales del siglo XIX. El franquismo contaminó y envileció los símbolos de la nación y el debate en torno a ella con connotaciones totalitarias. Como consecuencia, el nacionalismo español ha tenido que soportar una purga implícita y ocultarse bajo muchos términos diferentes como puede ser el patriotismo, el constitucionalismo o la solidaridad. Esta es la única forma que ha tenido tanto la derecha como la izquierda moderada de mantener el nacionalismo español vigente, pese a la negación de su pervivencia. Enfrente, encontramos las acusaciones de los nacionalistas subestatales, cuyo discurso fue reforzado en la democracia por haberse opuesto (al menos en discurso) a la dictadura.

En cualquier caso y pese a las complicaciones existentes mencionadas, observamos cómo el nacionalismo español impregna el discurso cotidiano: desde un partido de la selección de fútbol, los desfiles militares, las noticias nacionales, el callejero urbano... Encontramos por tanto una reconfiguración del discurso nacionalista español que permite ser utilizado ante la sociedad sin que suene a ecos del

<sup>14</sup> Borja de Riquer, citado en Núñez Seixas, X.M. (1988). *Movimientos nacionalistas en Europa: siglo XX*. Madrid: Síntesis, p. 53.

pasado. La derecha es, posiblemente, quien ha tenido que encubrir y reformular de forma más sucinta su ideología para adaptarse a los tiempos presentes pero sin dejar de lado la defensa de la nación española; ante este conflicto, en el que tenían que combinarse sutileza con ideología política, la izquierda moderada no ha tenido un gran éxito, como se observa en las acusaciones frecuentes de miembros del Partido Popular a los socialistas que no se muestran claros con la naturaleza del Estado que desean: federalismo simétrico, asimétrico, reconocimiento o no de otras naciones dentro del Estado...

Tanto la izquierda como la derecha moderada rechazan la existencia del nacionalismo, al que confinan, al menos públicamente, como asunto exclusivo de los movimientos de la periferia. Los nacionalistas catalanes, gallegos y vascos son considerados como los “bichos raros” de una gran familia española pero que, sin embargo, y como han demostrado los tiempos recientes, cuando son necesarios para formar gobierno no existen vacilaciones para pactar con ellos independientemente de la ideología (AA.VV., 1997; Blas Guerrero, 1978; Moreno Luzón et al., 2007; Taibo et al., 2007).

## 5. Conclusiones

Queda claro que no existe una definición unívoca ni monolítica de nación, ni de nacionalismo, ni siquiera de

autodeterminación, puesto que son conceptos metamórficos que llevan evolucionando y adaptándose desde hace más de dos siglos. Pero, si hay algo evidente en este enmarañado asunto es que las naciones existen. Independientemente de que seamos partidarios o no del nacionalismo de cualquier tipo, es una realidad que la nación entendida como comunidad imaginada está presente en el mundo. Poco importa que el nacionalismo sea un sentimiento y que por tanto no atiende a la razón, es de hecho ésta su verdadera fuerza.

El caso español es un ejemplo magnífico para vislumbrar la eclosión de distintos nacionalismos, algunos triunfantes (como el español) y otros que siguen reivindicando con mayor o menor éxito o apoyo social su deseo de formar un Estado propio (catalán, gallego, vasco). España además es un caso único puesto que la Guerra Civil provocó que eclosionasen elementos antitéticos pero a la vez complementarios: esto es, la guerra fratricida sembró la semilla de la fragmentación ya que contaminó los símbolos del nacionalismo español pero, a su vez, sirvió como una experiencia de sufrimiento compartida y, por tanto una suerte de hito de superación de las diferencias con el fin de continuar unidos. Es esta contradicción la que ha construido un obstáculo o impedimento en la formación de una especie de “patriotismo constitucional” y consenso en la forma de Estado que fuese apoyada tanto por los

nacionalismos subestatales (que cultivaron una memoria de derrota colectiva en la Guerra Civil) como por los nacionalistas españoles.

Así pues, el nacionalismo español para sobrevivir en los últimos años ha tenido que sufrir una reformulación que le revistiese de legitimidad democrática; para ello se ha ido adaptando a diferentes apariencias según el momento e incluso el lugar en el que se ha utilizado, hasta el punto de mutar y convertirse en términos que no arrastren connotaciones peyorativas pretéritas como es el caso de la “solidaridad”. Una vez transformado, y para evitar la crítica de los sectores “maltratados” por el nacionalismo español excluyente, ha vuelto a reivindicar un modelo de Estado que defiende las autonomías, pero se muestra reacio a cualquier cesión frente a los nacionalismos periféricos, convirtiéndose el problema en un “diálogo de sordos”.

Por otro lado, no hay que desdeñar la contribución de aquellas comunidades en las que prepondera el nacionalismo puesto que su discrepancia con el Estado ha sido positiva para nuestro sistema de descentralización; si tenemos una autonomía es, en gran medida, por las exigencias de los gobiernos nacionalistas que han conseguido un nivel de poder propio al que se incorporaron el resto de territorios, hubiera o no pulsiones nacionalistas.

De igual forma, casi nadie niega la existencia de la nación española entendida ésta como comunidad con conciencia propia de identidad y con una cultura cívica común subyacente basada en una historia compartida que, a su vez, es compatible con una diversidad de expresiones culturales y un proyecto político compartido por la mayoría de los ciudadanos asentado sobre los principios de la democracia, el europeísmo, la multiculturalidad y la autonomía.

No obstante, y como ocurre en otros lugares, la nación y la identidad españolas están en continua evolución y sufren una reconfiguración constante en un mundo multicultural en vertiginoso proceso de globalización. Debemos poseer un conocimiento crítico del pasado que contemple la existencia de identidades diversas como algo normal y compatible. Este es el caso de España, donde a finales del siglo XX no había un imaginario histórico o un concepto de identidad único que monopolizara el discurso nacionalista. Ni el nacionalismo español ni el subestatal pudieron imponer una identidad hegemónica o exclusiva.

En las últimas décadas la interdependencia entre todas las áreas del globo está dejando a un lado las fronteras culturales, étnicas, políticas y económicas. Las identidades múltiples van desacreditando las antiguas concepciones perennialistas para fortalecer las posibilidades del cosmopolitismo hasta el

punto de que en algunos países, entre los que se encuentra el nuestro, lo más común es encontrarnos hasta identidades triples entre los ciudadanos aunque todavía no hayan desaparecido los elementos étnicos y definatorios de las naciones clásicas.

Coincido plenamente con Sebastian Balfour y Alejandro Quiroga en que si miramos hacia delante y pensamos en el futuro de forma optimista, los países desarrollados generarán un Estado post-nacional donde las identidades, el origen étnico, la lengua o la cultura serán menos importantes que la ciudadanía; este desarrollo de la percepción de Estado estaría en sintonía con un proceso que lleva operando desde hace tiempo en la Unión Europea —al menos teóricamente— y resumido, en su ya famoso lema, “Unidos en la diversidad”.

El fenómeno de la globalización y su consecuente movilidad geográfica están revolucionando nuestra forma de comprender el mundo. Ante esta realidad caben dos respuestas: una, encerrarnos en nuestro pequeño mundo, volver a vivir un romanticismo que exacerbe los valores de nuestra nación y apartar al “otro” que nos es ajeno o, por el contrario, adaptarnos al tiempo en el que vivimos y sustituir el nacionalismo por la ciudadanía.

## 6. Agradecimientos

Santiago López Rodríguez es becario predoctoral FPU del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

## 7. Referencias bibliográficas

AA.VV. (1997). *Reflexiones sobre el ser de España*. Madrid: Real Academia de la Historia.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Álvarez Junco, J. (2001). *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.

Álvarez Junco, J. (2016). *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Álvarez Junco, J. et al. (2013). *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*. Barcelona: Crítica.

Balfour, S. & Quiroga, A. (2007). *The reinvention of Spain*. New York: Oxford University Press.

Blas Guerrero, A. de (1978). El problema nacional-regional español en los programas del PSOE y PCE, *Revista de Estudios Políticos*, Nº 4, pp. 155-170.

- Burdiel, Isabel (1998). Myths of Failure, Myths of Success: New Perspectives in Nineteenth-Century Spanish Liberalism, *Journal of Modern History*, Nº 70, pp. 892-912.
- Carr, R. (1983). *España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980*. Barcelona: Ariel.
- Donézar Díez de Ulzurrun, J. M. et al. (2008). *Historia de España: Contemporánea Siglos XIX y XX*, vol. 5. Madrid: Sílex.
- Erice Sebares, F. (2014). Las memorias nacionales: conflictos y límites. *Historiografías*, 8 (julio-diciembre), 10-27.
- Fradera, J. M. (2003). *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña 1838-1868*. Madrid: Marcial Pons Historia.
- Gellner, E. (2001). *Nación y nacionalismos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gómez, L. (2013, 17 de noviembre). Entrevista a Margaret MacMillan, «El nacionalismo es una de las fuerzas más desgarradoras de nuestros días», *El Confidencial*.
- Hayes, C. (1960). *Nationalism. A religion*. New York: MacMillan.
- Hobsbawm, E. J. (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E.J. & Ranger, T. (1983). *The invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Moreno Luzón, J. (Ed.). 2007. *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Nairn, T. (1977). *The Break-up of Britain*. Londres: New Left Books.
- Núñez Seixas, X. M. (1998). *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*. Madrid: Síntesis.
- Ortega y Gasset, J. (1979). *España invertebrada*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ortega y Gasset, J. (1985). *Europa y la idea de nación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Renan, E. (2004). *¿Qué es una nación?* Savarino, F. (trad.). Edición digital. Recuperado de: <http://perso.unifr.ch/derechopenal/assets/files/obrasjuridicas/> [Consulta: 02/05/2015].
- Ringrose, D. (1996). *Spain, Europe and the «Spanish miracle»: 1700-1900*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rubio Caballero, J.A. (2010). *La patria imperfecta: idearios regionalistas y nacionalistas en Bretaña (1789-1945)*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Rubio Caballero, J. A. (2015). *Decir nación: Idearios y retóricas de los nacionalismos vasco y catalán (1980-2004)*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Seton-Watson, H. (1977). *Nations and States. An Enquiry into the Origins of Nations*

and the Politics of Nationalism. Boulder: Westview Press.

Smith, Anthony D. (2000). *Nationalism and Modernism*. Madrid: Ediciones Istmo.

Taibo, C. (Dir.). (2007). *Nacionalismo español. Esencias, memoria e instituciones*. Madrid: Los libros de la Catarata.

Todorov, T. (1991). *Nosotros y los otros: Reflexión sobre la diversidad humana*. México: Siglo XXI.

## 8. Anexo

Balcells, A. (1999). *El nacionalismo catalán*. Madrid: Historia 16.

Billig, M. (1995). *Banal nationalism*. Londres: Sage.

Cebrián, J. L. (1997). El problema de España, *Claves de Razón Práctica*, nº 71, pp. 2-11.

Cuenca Toribio, J.M. (2008), *Nacionalismo, Franquismo y Nacionalcatolicismo*. Madrid: Actas.

García Pelayo, M. (1995). *Las transformaciones del Estado contemporáneo*. Madrid: Alianza Editorial.

Lacasta-Zabalza, J. I. (1998). *España uniforme. El pluralismo enteco y desmemorializado de la sociedad española y de su conciencia nacional e intelectual*. Pamplona: Pamiela.

Morales Moya, A., Fusi Aizpurúa, J.P. y Blas Guerrero, A. de (Dir.). (2013). *Historia de la nación y del nacionalismo español*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Payne, S. G. (1967), *Politics and the Military in Modern Spain*. Oxford: Oxford University Press.

Pérez Viejo, T. (2015). *España imaginada. Historia de la invención de una nación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Rokkan, S. (2009), Nation-Building, Cleavage Formation and the Structuring of Mass Politics. En Rokkan, S. *Citizens, Elections, Parties: Approaches to the Comparative Study of the Processes of Development*. Colchester: ECPR Press (European Consortium for Political Research).

Schmitter, P. C. (1986). An Introduction to Southern European Transitions from Authoritarian Rule: Italy, Greece, Portugal, Spain. En O'Donnell, G., Schmitter, P. & Whitehead, L. (Eds.). *Transitions from Authoritarian Rule: Southern Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp. 3-10.

Táryakian, E. A. & Rogowski, R. (Eds.). (1985). *New Nationalisms of the Developed World*. Winchester: Allen & Unwin.